

subiendo las escaleras a pequeños saltos ruidosos por el excesivo silencio que cerca todo el barrio, pateando escandalosamente debido sin duda a los nuevos tacones de las botas. El mayor error de Sicardi ha sido no regresar antes, cuando la brecha del tiempo podía encubrirse bajo los voceríos del alcohol, cuando la luz no se volvía rebelde y lo aclaraba todo, con el sol allá, en lo alto, por sobre los tejados, bañando los sucios árboles de los que cuelgan trapos y desperdicios arrojados por los vecinos de los pisos más elevados. Y, ¿cómo se llama?, le había requerido el policía; él tuvo miedo, había sacado la pequeña cartulina numerada con temblor sospechoso en los dedos, con no demasiada urgencia y un gesto a primera vista cínico, pero cargado de terror, repleto de ese miedo que todos poseían bajo la capa de dureza, de costumbre por el tiempo que ya padecían, acorralados entre los uniformes sin rostro, los uniformes de siempre, desde que nacieron y aun antes, soportando el hedor de aquella aciaga multitud que espiaba y preguntaba y golpeaba o, lo que resulta peor, encarcela porque sí. Y él tuvo que venir desde la provincia a esta ciudad sucia, destartalada entre el humo de los ruidosos automóviles. Sicardi debía acabar con todo esto, ahora que todos duermen, excepto la perra, ese animal recogido de un cubo de basura un primero de mayo, llamado «Niebla» en memoria del que Alberti dejara a Neruda en Madrid, cuando los bombardeos. Sicardi debía haber regresado cuando la luz tenía todavía las cristaleras, los árboles, el asfalto, la multitud activa y la risa salobre de la taberna donde el estúpido uniforme sin rostro hiciera las preguntas incomprensibles. Desesperanzado y solitario, se preguntó qué había sido de tanto amigo como tuvo antaño, de tanta mujer como había creído amar, de tanto familiar más o menos denso y amoroso, entre abrazos y besos y apretones y comentarios sin trascendencia. Su lastre nacía de la incertidumbre y del miedo, aunque, nada es seguro, podía deberse a su empleo en la administración, su economía enteca, sus inadecuadas comidas entre el desorden de la literatura y la burocracia filtrándose, mezclándose en un perfecto caos, componiendo una urdimbre rencorosa que a días le obligaba a recapacitar, a convertirse en escritor o en burócrata y no en dos seres opuestos, en continua pelea, en pertinaz lucha por despacho o biblioteca, por gerencia o redacción, entre el aburrimiento cotidiano y la pequeña partícula de serenidad que le acompañaba por algún tiempo, a él, cuya educación no era delicada, cuyas costumbres se bordeaban de desorden; a él, que solía subir las escaleras a saltitos; a él, cuyos errores desmedidos solían escocerle entre los insanos y continuados tragos de alcohol nocherniego, de animal sediento, de ente hambruno viciado por los bocadillos de queso y anchoas e incontables botellas vacías de cerveza rubia entre folios vírgenes, entre páginas arrojadas a la papelera tras alguna frase desafortunada, entre movimientos planificados, timbres, disciplina, tasas, competencia, informes, recelo, subida de salario o de categoría profesional por méritos que nunca sospechó, así como visitas provisoras a la jefatura de personal entre el soniquete de palabras con rumor a calderilla: riqueza, producción, dividendos, ganancias. Ahora estaba Sicardi liberado —al menos durante algunas horas— del ruido del nauseabundo despacho. Al entrar en casa le recibió un olor a humedad culebrina. Había vuelto a encender la pipa una vez tupida con precisión, aspiraba el humo con placer, el maravilloso humo conseguido mientras ardía la mezcla de cuatro tabacos importados apenas encontrables en el mercado. Se descalzó sin prisas, mientras llenaba el baño con angustia, desnudándose tedioso, desabrochando la chaqueta con lentitud, arrancándose el suéter, contemplándose en el espejo como si fuera

*un ser extraño, ondulante debido al vapor, mientras pensaba, mientras decidía que debía escribir a los magos, a los grandes, a los escritores que regresarían algún día a sus puntos de origen como daban a entender algunos periódicos, aunque nada estaba asegurado, todavía continuaban las preguntas por cualquier pequeñez, aún crecía cierta angustia que impregnaba los uniformes con tintes agresivos, existía un olor a cadaverina entre los impresos de cada mañana por cuyo papel se entrecruzaba el amargo eco de la denuncia palpable y el tufo de las quejas, y los gritos, y el desconsuelo y rostros sanguinolentos por golpes y torturas ocultas. Pensó en su reciente encuentro con el ser uniformado. Bah, se dijo, introduciéndose en la bañera, pensando y reafirmandose en sus obsesiones. Hoy escribiría esas cartas sin falta, o tal vez un trabajo circular, multicopiado. Hoy escribiría sin falta, sin posibles excusas ni justificaciones como las que acostumbraba, pues venía observándose y recurría a decirse siempre estoy enfermo y debido a la soledad, debido al miedo, debido a tanto fracaso acumulado debo silenciar, no molestar a nadie y menos a ellos, a quienes desde siempre y para siempre admiré, desde la primera lectura, y más, y sobre todo cuando cayeron bruscamente, desapareciendo los resuellos de sus plumas, los estertores de su palabra escrita y poderosa, sin ningún verbo leve, con alguna porción de misterio y cantidades de desobediente aristocracia entre torrentes de maravillosa euforia, entre riadas de luciferina, inteligente, sutil vehemencia, y chorros, más chorros de diligente espera, de feroz rebeldía e incluso paletadas de sapiente griterío por sobre el cataclismo, nadando en contra del troncón que llega. Palabras demasiado fecundas para ser devoradas en un instante, pues fueron construidas con exceso de piedad, con el sabor de un guiso elaborado en el justo calor de un fuego lento y continuado, de un chisporrotear sumamente controlado. Frases construidas sin la impotencia que habita en el terror. Páginas felizmente creadas con devoción, con la certidumbre del elevado precio, ejecutadas pensando fieramente en los seres vulgares, ya cansados, inconvenientemente despojados de afanes, infelices humanos con la adversidad bajo el brazo como un paquete secular, siempre con un deseo de justicia pendiendo flacamente de sus ojos. En ellos, en nosotros, es decir, en todos, suelen pensar cuando escriben despacio; sí, desde luego nos ven a todos y piensan en nosotros, también en mí, a pesar de que ahora pretendo escribirles sin ningún motivo específico, tal vez por demasiados motivos importantes, o incluso firmemente porque a mí no me preocupa únicamente vuestra salud, así les diré, sino también la de vuestra literatura, la de esos libros que siempre me acompañan y me comunican un regusto cálido y sabroso, con la sensación de ser el principal invitado en dicha fiesta saludable, inexplicable y complicada como para ser descrita en una corta frase; sí, os escribiré porque siempre soñé con ser uno de vosotros, siempre quise convertir mis líneas desharrapadas en frases lujuriosas y límpidas, listas ya entre rotativas y galeradas, anunciadas en grandes cartelones colgados en las puertas de los lugares junto a los libros publicados por Gallimard, Feltrinelli u otras editoriales, aunque sean ínfimas, quebradas, pero con prestigio y pordioseros accionistas preocupados por la literatura; sí, carteles amarillos con letras negras donde pueda leerse el nombre de Sicardi bajo un título, cualquiera, aunque no será posible, nunca lo lograría, se dijo mientras recordaba a Carlos, el viejo Droguett, aún omitido en el Larousse, aunque puede que su sonrisa oteara otras líneas como por ejemplo las dedicadas a su amigo Pablo, sí, «Rokha (Pablo de), poeta chileno (1894-1968)», sin añadir nada más, sin describir en lo absoluto su carácter, su*

obra, porque como había escrito Carlos, testigo y nítido espectador de los hechos, Pablo de Rokha era un vehemente, un apasionado, incluso injusto a menudo, porque su obligación era serlo, ya que no fue un aventurero, sino un hombre y un poeta cargado de coraje, elaborando su obra de espaldas contra el mundo, contra el mundo de los escribas y los amanuenses, contra el universo gordinflón de sus enemigos burgueses, que le aislaron y le silenciaron y le expulsaron de su sociedad biempensante, pura, sin un átomo de fiemo, sin una brizna de sudor, pero también esterilizada de naturalidad y confianza, por eso Pablo de Rokha se había convertido en una sombra mítica proyectándose sobre la península, enterrada en muchos lugares, tachada casi siempre como fuera él tachado en cuerpo y alma y obra, como fuera querido tacharse el disparo que se introdujo en el paladar con un sabor a grasa fría que en un instante se convierte en cálida sangre por donde escapa la vida, tal vez por donde penetra la muerte. Sí, Carlos, pensaba Sicardi acercándose a la estantería minuciosamente limpia y ordenada, con muchos volúmenes dedicados, con páginas por entre las cuales crecía un olor a tiempo, un gran aroma a sucesos y a memoria y a desolada incertidumbre nada grata, a acontecimientos demasiado importantes y trágicos como para ser olvidados. Recordó a Carlos mientras abría el primero de los libros y comenzó a leer las primeras líneas; sí, a veces volvía a «Eloy», releía la pequeña introducción que podía haber sido el final de la novela, «en los bolsillos de su ropa se encontraron las siguientes especies: un escapulario del Carmen, una medalla chica, un devocionario, un naipe chileno con pez castilla y jabón, dos pañuelos limpios, uno de color rosado y otro violeta, un portabojas «Gillette» y dos hojas para afeitarse, una peineta, un espejo chico, un cortaplumas de concha de perla, una caja de fósforos, un cordel y una caja de pomada para limpiar la carabina»; sí, Carlos, te escribiré hoy mismo, lo haré aunque sea de barriga, aunque me cueste tanto como remirar los billetes que conservo entre las páginas del libro, entre esas páginas que nos describen a ese ser no tan malvado como ciertos hombrecitos sin demasiada vida hacia atrás ni hacia adelante, los billetes que trajo Cardisi ya realizado el golpe, los billetes amontonados porque no servían para nada, ¿sabes que ya no valen nada?, eso había dicho Cardisi ya asesinado Allende, entregando el montón de papeles coloreados e impresos con cuidado, enterrando en un olvido no demasiado profundo el medio escudo con el rostro de O'Higgins, los diez escudos con el perfil de Balmaceda, suicida como de Rokha, los cinco escudos con Manuel Bulnes; Balmaceda, sin embargo, deberá ser tenido en cuenta, deberían estudiarse los pormenores de ciertos suicidios, debiera tenerse en cuenta el enorme número de gentes que se quitan la vida junto a la cordillera, sobre todo entre el Pacífico y los Andes, desde Arica hasta las islas de Diego Ramírez; ah, esa costumbre antigua y manoseada como la historia de la infelicidad humana, soterrada entre estadísticas y soluciones falseadas, incluso entre algunos pueblos que rebosan aparente salud, felicidad a borbotones al menos en los ojos, al menos en el color rosado de las mejillas y las sienas, pero Sicardi había oído comentar que los hombres no se suicidan en su estado más primario, había leído que en contacto con la naturaleza el hombre no deja la vida voluntariamente porque no existe la angustia, porque el miedo a vivir no es brutal como cuando ya nada se espera, sino un poco de riqueza o de poder mezclándose en lo cotidiano espantoso, pueril, demasiado brutal y odiosamente pánico; sí, debiera tomar alguien cartas en el asunto, los estados no se preocupan demasiado por este hecho, los gobernantes suelen quedarse fríos ante las cifras,

*entre las que no aparecen los intentos baldíos, ni los viajes infructuosos, ni la lenta estéril espera hacia el final cortada con urgencia por afanosos y pacientes médicos; no, decididamente puede pensarse con holgura y seguridad, los gobiernos no tienen intención de atajar este camino, incluso suelen castigar a los suicidas frustrados porque quedaron excluidos de la ley y el orden, salieron de las letras impresas que dicen claramente lo que se puede hacer, nadie tiene derecho sobre su propia vida y menos sobre la consiguiente muerte, ningún ser humano digno de tal nombre deberá decidir en qué momento quiere irse, qué día, hora o lugar o situación es correcto para acabar cerrando el paréntesis que alguien abriera sin pedir más explicaciones, sin preguntar si la llegada es deseada por el viajero. Sicardi, entonces, tampoco tenía derecho a casi nada, eso le diría a Carlos, eso le escribiría, ahora, lo narraría, también para Onetti, también para Rulfo, sobre todo para él quiéralo o no pues sabe de Comala, de Luvina y de Talpa, de la muerte en suma también, de sus voces dialogando bajo la tierra y los ríos cruzados en todos los lugares del planeta y es capaz de narrarlo en voz baja, como suele hablar, como dicen que habla entre numerosos, graves silencios, que nos toman de imprevisto haciendo que se caigan todas las máscaras, dejándonos la calavera como único disfraz válido y final. Ahora iba a escribir por fin esas páginas e intentaría narrar toda esa angustia que crecía a borbotones y que, tal vez, fue transmitida por algún antepasado macilento y flaco como él.*

JUAN QUINTANA  
Matadero, 4  
MIGUELAÑEZ (Segovia)